

## Las reformas urgentes al Parque de San Francisco

El templo de San Francisco de Ocaña, su convento y la plazuela, enmarcan un contexto de reencuentro con la historia, desde las arcanas calendas de 1584, cuando Fray Francisco de Gaviria, Séptimo Provincial de la Seráfica Orden de San Francisco de Asís, lo fundara.

Era nuevo el continente y desde la sencilla iglesia y el convento, -dice Fray Pedro Simón en 1623- que "salían los religiosos a adoctrinar los indios con gran cuidado, trabajos y riesgos de vida, por ser las tierras fragosas, desacomodadas y no estar poblados los indios, tras quienes andaban como a caza por los montes para convertirlos a la fe católica".

En el convento, con el hábito franciscano fue sepultado el jinete de la noche, don Antón García de Bonilla, cuyo fantasma algunos dicen haber visto cabalgando a una cuadra del lugar, por la calle de El Embudo y la bajada de Santa Rita.

La historia de la "Columna de la Libertad de los Esclavos" comienza en San Francisco el 9 de abril de 1816 cuando el Pacificador don Pablo Morillo y Morillo Marqués de la Puerta y Conde de Cartagena ordena la muerte por fusilamiento sobre un montículo de piedras que hacía de patíbulo en la Plazuela, de tres insignes patriotas: Salvador Chacón, el sargento Hipólito García y el Coronel Miguel Carabaño quien instantes antes de la orden de muerte y ya sobre el cadalso, gritó a los ocañeros: "consolaos, porque estas piedras que hoy mancha nuestra sangre serán algún día símbolo de vuestra libertad". El sanguinario Pacificador hizo que la cabeza cercenada del coronel Carabaño fuera ensartada en una lanza, y en acto premonitorio la exhibió como escarmiento durante quince días en el centro de la Plaza Mayor, donde se erguía el "cámbulo del Fundador" y que hoy ocupa la columna. Esa piedras fueron recogidas por el Gobernador Agustín Núñez para hacer el sencillo monumento en homenaje a la liberación de los esclavos.

Todo el glorioso pasado se conjugó en 1828, cuando la iglesia albergó los diputados de las cinco naciones unidas por Bolívar bajo la denominación del más grande imperio latinoamericano, la Gran Colombia.

La nave se estremeció con las voces airadas de Francisco de Paula Santander, de Luis Vargas Tejada, de Vicente Azuero; de los bolivaristas José Joaquín Gori, Pedro Briceño, José María Castillo y de los 68 diputados que llegaron para tratar de salvar la patria, pero a su disolución porque no pudieron contenerse los intereses ni las iras, el Joven poeta santanderista Luis Vargas Tejada escribió sobre un pupitre:

“Yace aquí la Convención del pueblo colombiano  
Que muere con honor después de haber actuado en vano  
Su corazón vi herir con puñal asesino  
Por el mismo enemigo que a su recinto vino  
Pero renacerá, no pierdo la esperanza,  
Más grande y más ilustre el día de la venganza.”

Hoy el Complejo Histórico alberga por mandato de la Ley a la Academia de Historia de Ocaña, al museo de la Gran Convención y a la Biblioteca Pública Luis Eduardo Páez Courvel, y se encuentra administrado por la Secretaría de educación del Municipio, pero la plazuela sufre del abandono secular y de la visita diaria de desadaptados. Esperemos que Yebrail y su secretario de Gobierno Neil Alexis Jácome, quien se ha mostrado interesado, procedan a hacer las reformas que se requieren de manera urgente.

\*Coordinadora de provincia Fuerte y columnista del Informador del Oriente

@mariojpachecog